

Sívori, Horacio (2004). La interacción verbal en el ambiente. En *Locas, chongos y gays: sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990*, (pp. 77-98). Buenos Aires: Antropofagia

## **Capítulo cuarto. La interacción verbal en el ambiente**

### **El habla de las locas**

En el ambiente gay se llama “locas” a aquellos “homosexuales asumidos” que dramatizan la mariconería, imitando y exagerando estereotipos femeninos. La calificación de loca y de “marica”, como así también las de “mariquita” y “maricona”, parodiando las voces “puto” y “maricón” del rioplatense estándar, designan al referente como homosexual afeminado. Pero, a diferencia de lo que sucede con puto y maricón, la frecuencia de uso de los vocablos loca, mariquita y maricona es prácticamente nula en el resto de la comunidad hablante de la lengua vernácula. El uso particular de ese segundo grupo de nombres nos indica la presencia de un código restringido. Quien no frecuenta el ambiente homosexual no dice maricona; en su lugar, dice maricón. El uso del lenguaje es un modo singular y poderoso de demarcar fronteras entre mundos sociales.<sup>1</sup>

En este capítulo presentaré un conjunto clave de terminología sexual y de género, deteniéndome en cómo éste es usado en el registro verbal que he dado en llamar “el habla de las locas”. El objeto de la tarea es analizar su contexto cultural y pragmático; es decir, en qué condiciones materiales y simbólicas y con qué intencionalidad ese código es usado. La discusión que sigue apunta a distinguir con precisión los recursos lingüísticos y discursivos que son movilizados tanto para la producción de categorías de identidad como para la construcción del ambiente homosexual como una “comunidad de habla”. Asimismo, veremos cómo las mismas categorías de identidad y las nociones de comunidad en juego son sometidas a intensas disputas.

El *argot* hablado entre quienes se identifican como locas en los centros urbanos argentinos resulta de transformaciones operadas sobre las marcas de género del léxico del rioplatense estándar. El componente estilístico particular que opera expresivamente en los enunciados de ese registro puede ser sintetizado en el término “mariconear”. El hablante puede tanto “actuar como marica” (uso intransitivo del verbo) como “hacer marica” a algún objeto (uso transitivo).<sup>2</sup> En intercambios jocosos, todo lo que rodea al hablante se vuelve femenino.

---

<sup>1</sup> Versiones preliminares de este capítulo fueron presentadas en el VI Congreso de Antropología Social (1999) y en la IV Reunión de Antropología del Mercosur (2001).

<sup>2</sup> La sintaxis del verbo mariconear admite sólo el uso intransitivo. No he encontrado un verbo que describa la singular operación mediante la cual el mariconeo “feminiza” diversos objetos.

Quien es conocido como Juan se revela en el habla de las locas como “Juana”, el que hubiera sido su traje se vuelve “su vestido”, y su cuello “el escote”. Esas operaciones configuran un uso particularmente disruptivo de la lengua, a través del cual el orden que asigna a cada sujeto y a cada objeto un género determinado es invertido.

Las locas “se producen”, en un proceso análogo al que realizan las travestis, los transformistas y las *drag queens* sobre su cuerpo, “se montan” en el habla y también “montan” un contexto y una serie de objetos de referencia. La identidad de loca es puesta en acto asumiendo esa voz. Inversamente también, haciendo de la elección una cuestión estratégica, el mismo hablante cambia de código, abandonándolo y retomándolo constantemente. Así como se actúa la voz de loca, también estratégicamente se actúa la voz neutra. En contextos “hetero”, el código es evitado o se utiliza un subcódigo específico destinado a advertir sobre la identidad, inclinación o interés homosexual sólo ambiguamente. Es la operación denominada “tirar plumas”.<sup>3</sup>

Por otra parte, el código restringido es por regla no usado por varios sujetos. Entre ellos cuentan aquellos varones que transitan el ambiente manteniendo una identidad heterosexual y que pueden o no mantener relaciones homosexuales, a quienes las locas llaman “chongos”, como así también los “tapados”, homosexuales más discretos, y los gays que elaboran y exponen una presentación de sí exclusivamente masculina. En ciertos contextos también las locas mismas evitan usarlo, por ejemplo en el del flirteo y el levante, aumentando así su capital erótico en un mercado sexual que valoriza la masculinidad más estereotípica.

La representación de una voz homosexual a través del uso de un código restringido es estratégica, apuntando a la creación y aprovechamiento de oportunidades de establecer la legitimidad de una experiencia o punto de vista identificado como homosexual. Esto se debe a que la experiencia a ser representada como legítima está lejos de ser homogénea en la vida cotidiana del ambiente. Lejos también está de incluir integralmente todo el espectro de conductas y la variedad de identificaciones y recorridos subjetivos que conforman el universo homosexual. Todo hablante se encuentra tensionado entre diferentes fuentes de legitimidad, entre diferentes modos de evaluar conductas sociosexuales y de género. Hoy en día, por ejemplo, en los centros urbanos argentinos, una gran proporción de los varones de sectores medios que se identifican como gays encuentra viable e inclusive deseable presentarse como hombres “que no aparentan” su homosexualidad. La asociación civil Deportistas Argentinos Gays, de explosivo crecimiento en sus tres primeros años de existencia, se presentaba a fines de la década de 1990 como “un grupo que disfruta su identidad pero no la grita”.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Las plumas se refieren, según la explicación de los hablantes consultados, al montaje colorido que lleva el traje de las *vedettes* y bailarinas del Teatro de Revistas. Se dice que a una loca “se le notan las plumas”, al quedar al descubierto su homosexualidad, evidente en sus modales femeninos. Se distingue también entre el acto involuntario de que a una “se le caigan la plumas” y el voluntario de tirarlas.

<sup>4</sup> De uno de los folletos de difusión repartidos durante la feria “Buenos Aires Gay” de 2000.

Las locas, en contraposición con el modelo citado, se expresan “en femenino”. En armonía o disonancia con otros estilos gays, pero con relativa autonomía, elaboran una ideología y práctica lingüística que reapropia nociones heredadas de dominación y pureza masculina, pero altera las relaciones de objeto a que la sujeción a ese valor da lugar. La pragmática es crucial para entender el sentido de la elección lingüística, tanto en el uso particular del registro como en el cambio de código. ¿Qué significa aprender, adquirir la competencia necesaria y pasar a hablar como loca? ¿Qué se hace, qué relaciones sociales se instauran y qué objetos culturales son producidos cuando se representa una voz de loca? ¿De qué modo incide ese proceso en la construcción de una identidad homosexual particular? La intencionalidad determina dos prácticas lingüísticas mediante las cuales los usuarios del código recrean diferentes contextos sociales.

Tenemos, por un lado, las estrategias instrumentales de muestra y ocultamiento, en contextos no homosexuales, destinadas a identificar cómplices, pasando entretanto desapercibidos frente a quienes no comparten el código; lo que hemos mencionado como “tirar plumas”. Por otro lado, en contextos homosexuales, la intencionalidad se localiza en un plano más expresivo. Allí, al “mariconear” o “loquear” abiertamente se dramatiza un papel de género.<sup>5</sup> A continuación nos referiremos a esta segunda estrategia.

Las operaciones más distintivas del “mariconeo” son la pose teatral y la alteración deliberada de las terminaciones de género de pronombres, sustantivos y adjetivos de masculino a femenino. Veamos el material empírico, recolectado en ruedas de conversación en espacios gays de Rosario en 1992 y complementado en Buenos Aires y Rosario entre 1995 y 2000. Voy a trabajar sobre un conjunto de nombres y pronombres, tal es el límite de este estudio, y me detendré poco en el tono, la gestualidad y el análisis conversacional, que resultarían cruciales para caracterizar el habla de las locas en un estudio sociolingüístico más vasto.<sup>6</sup>

Al realizar lo que en la terminología de los sociolingüistas es llamado un “cambio de código” (*code-switching*, ver Cameron y Kulick, 2003:183), en este caso desde la variedad neutra, no marcada, del español rioplatense al habla de las locas, se cambian las terminaciones de género de nombres y pronombres referidas al hablante, al interlocutor o a un tercero, objeto

---

<sup>5</sup> Hayes (1981) distinguió una tercera situación para el uso del *gayspeak* (habla gay) norteamericano: el contexto militante (*activist*), en el cual se desenvolvía, según el autor, una práctica lingüística reflexiva crítica. Aunque existe en Argentina un movimiento homosexual muy desarrollado (Acevedo, 1985; Perlongher, 1996; Sebreli, 1997; Brown, 1999; Rapisardi y Modarelli, 2002) y existen evidencias de prácticas lingüísticas específicas de ese campo (Brown, 1999:118-19), las mismas no fueron lo suficientemente exploradas para ser incluidas en esta caracterización.

<sup>6</sup> Una descripción del habla gay rioplatense requeriría un proyecto de análisis sociolingüístico de mayor alcance y, sobre todo, más sistemático. Los datos presentados aquí son el fruto de un esfuerzo preliminar. Se basan en una estadía inicial de tres meses con contacto cotidiano con hablantes gays de Rosario en 1992, durante mi trabajo de campo, y, entre 1995 y 2001, seis años de residencia en Buenos Aires, donde mi contacto con hablantes gays se fue intensificando y diversificando progresivamente. Sin ánimo de naturalizar el estatus nativo cabe señalar que mi adquisición de competencia comunicativa en ese registro

del insulto jocoso o del chismorreo. Quien en el habla “hetero” sería “un maricón”, para las locas es “una maricona”. “Activo” pasa a ser “activa”. En el enunciado “Mirá cómo se hace la activa” el “hacerse” es entendido como imitación espuria. Alguien (varón) respetable es “toda una señora”, alguien miserable “una arrastrada” y el Ministro de Economía era “la” Cavallo. El nombre “puto”, que en la variedad vernácula es considerado un modo particularmente ofensivo de llamar a alguien homosexual, en el habla gay no transfiere su valor a la variante “puta”, pues esta tiene valor propio; quiere decir, también ofensivamente, “prostituta” o “mujer licenciosa”. Cuando es usado en intercambios jocosos su valor es este último. Aunque ambas formas sean plausibles en intercambios entre varones homosexuales, “¡qué puto que sos!” quiere decir “sos muy homosexual”, mientras que “¡qué puta que sos!” quiere decir “sos muy prostituta” –algo perfectamente admisible como parte del ejercicio de feminización implicado.<sup>7</sup>

El ámbito social de la interacción es redefiniendo, por medio de este ejercicio, bajo la autoridad radical de las locas como disidentes de género; en él la identidad sexual pierde cuerpo como marca diacrítica de una frontera social. Las identidades que están en juego son, en cambio, identidades de género. Por esta razón es posible recortar, como unidad de estudio consistente empíricamente, un habla de las locas, en vez de un habla gay u homosexual. Tanto gay como homosexual implican, al menos en espacios urbanos argentinos, una amplia gama de identificaciones y posiciones de habla, irreductibles a una identidad que las englobe y sea reproducida a través del tiempo.<sup>8</sup>

Es en el terreno del género que el efecto teatral de la mariconería adquiere significación. Las categorías de género alterado, torcido, o desviado proliferan, invirtiendo el orden de la dominación masculina, haciendo evidente la arbitrariedad de los papeles e identidades de género. La operación de cambio de código descrita “marca”, que en la jerga de la lingüística quiere decir “distingue”, las siguientes acciones: establece la adscripción del hablante a una categoría de identidad, la de loca, y la pertenencia a una comunidad de habla, la de las locas. En los contextos sociales donde esa acción es desplegada, a través de la misma se opera también la segregación de segmentos no incluidos en la comunidad de habla, particularmente los gays varoniles y los homosexuales más discretos o “tapados”, según se los llama en la jerga gay. Si bien, como veremos más adelante, existen ciertos requisitos materiales y morales para que el código pueda ser usado en un espacio social determinado, cuando eso sucede se genera un contexto dominado por la autoridad de un sujeto hablante, la loca, que deslegitima tanto a otros

---

o variedad dialectal coincidió con mi socialización en el segmento social constituido por la práctica lingüística a la cual me referiré en este capítulo.

<sup>7</sup> El enunciado “soy puto” es plausible, en variados contextos, como afirmación de desenfado y orgullo personal. Sin embargo, si bien allí el enunciador se reconoce como homosexual, no lo está formulando en el femenino de las locas, sino en la variedad estándar.

<sup>8</sup> Cuando nos referimos a un habla homosexual o a un habla gay, no se trata estrictamente del habla de las locas, sino de un registro “entendido”, característico de la sociabilidad homosexual, independiente de la identidad del hablante.

sujetos homosexuales, los no usuarios del código, como a los heterosexuales. A través del uso del código se elabora la legitimidad de la voz de la loca, se defienden determinados valores cuya eficacia es condición de existencia de un espacio social viable para la expresión de ese modo particular de ser homosexual.

### **Contextos de uso**

Varios relatos etnográficos recientes acerca de la homosexualidad masculina en la América Latina contemporánea han subrayado la dicotomía activo/pasivo de las relaciones sexuales como principio organizador de la distribución tradicional de papeles sociales en el universo de hombres que tienen sexo con hombres (Lancaster, 1992; Murray, 1995 y 2000; Parker, 1991 y 1999; Prieur, 1998; Cáceres, 2000). Tanto la identidad de género de las mujeres como la “identidad sexual” del homosexual “pasivo” se encuentran subordinadas a la del varón penetrador. En las relaciones sexuales entre dos varones biológicos, solamente quienes son penetrados serían reconocidos socialmente como homosexuales; quienes los penetran conservarían incólumes su identidad de macho.

Ese principio clasificatorio se encuentra asociado con los códigos de honor y vergüenza que caracterizan a las relaciones de género en el llamado complejo mediterráneo (Passaro, 1997). Latinoamérica es singular heredera de tradiciones, particularmente en lo que hace a la vida doméstica, de las civilizaciones llamadas “mediterráneas”, del sur de Europa, del norte de África y del Cercano Oriente. En ellas, las relaciones interpersonales, el uso del espacio, del tiempo y del lenguaje se han estructurado persistentemente alrededor del par masculino/femenino como, respectivamente, dominante y dominado. En esa economía de roles y de estatus, al hombre le es dado el honor de dominar o, en su defecto, sufrir la vergüenza de perder ese dominio, por ejemplo, al asumir la conducta “femenina” de ser penetrado por otro hombre. De modo análogo a lo que estaría sucediendo con las relaciones entre hombres y mujeres a partir de la “liberación femenina” (Giddens, 1992), durante las últimas tres décadas, el ideal moderno cosmopolita de relación igualitaria entre dos varones que se reconocen –ambos “gays”– vendría a reemplazar, al menos entre los homosexuales de clase media urbana, la hegemonía del modelo “tradicional” de roles complementarios y de dominación masculina (Fry, 1982; Carrier, 1995; Lumsden, 1996; Brown, 1999).

En un intento de clasificar “culturas sexuales” locales, que considero erróneo, se ha sobreenfatizado, por un lado, el papel de las conductas sexuales en la construcción de identidades y, por otro, la importancia de la oposición tradición/modernidad. En el universo que nos ocupa, la “comunidad de habla” de las locas, podemos decir que la centralidad de esa clasificación, eco del sentido común acerca de las relaciones jerárquicas entre géneros que es preponderante en las sociedades nacionales que dominan el horizonte observado, obstaculiza la

comprensión del punto de vista de los propios actores del proceso de construcción de identidades homosexuales masculinas. Si bien la persistencia del modelo es constatable empíricamente, creo que es necesario distinguir cuáles son los contextos de uso y aplicación de las supuestas identidades de activo y de pasivo.

¿Qué es lo que se hace, en el habla de las locas, con la clasificación sexual de activos y pasivos? Al “loquear” –es decir, hablar y actuar en femenino– los hablantes se llaman unos a otros, en broma, “pasiva”. Invirtiendo la marca de género de “activo”, se dice “activa” y, con más frecuencia, “pasiva”. En ese juego, la función referencial (que aludiría al papel sexual) queda diluida y subordinada a la intencionalidad del insulto jocoso, que más allá de la intención puntual, contribuye a la construcción o el refuerzo de la solidaridad entre pares. Semánticamente, aunque en la operación sobre la marca de género se mantenga el valor de la jerarquía activo/pasivo, el argumento cambia. En vez del papel sexual del pasivo, se trata ahora del estatus social subordinado de la pasiva, como sucede en el siguiente enunciado, extraído de un chismorreo jocoso, cuyo motivo inicial parece localizarse en el plano referencial:

“/¿Acti:vo? ...Si ésa es más pasiva que una puerta./”

“Esa” y “pasiva”, así como la alusión a un atributo femenino en “más [...] que una puerta”,<sup>9</sup> denotan el cambio de código. Se está hablando en femenino. El tono jocoso denota la autoridad del enunciador para establecer una verdad compartida acerca de la pasividad femenina de quien osó presentarse como activo. La expresión de duda (el acento demorado en la /i/) al enunciar el calificativo masculino *activo* a modo de pregunta retórica, y el énfasis irónico del segmento “en femenino” introducen el contraste entre el registro hetero y el de las locas. A través de ese enunciado no sólo se discute la verdad del enunciado previo (se dice que el referente no es activo), sino también la legitimidad de la autoría del enunciado y la pertinencia del código neutro (rioplatense standard “hetero”). No es ni “ese”, ni “pasivo”. Se impone el código propio, que resulta más apropiado.

Comentando una instancia similar, Leap propone que lo que está en juego “no es el significado del enunciado, sino el hecho de la actuación [*performance*]” (1997:11).<sup>10</sup> Pero no se trata, evidentemente, del rol sexual ni de la identidad homosexual. Por un lado, es un hecho del sentido común de quien se identifica como loca que los papeles sexuales son, por regla general, reversibles. Por otro lado, para quien recusa o carece de familiaridad con ese contexto subcultural resulta menos evidente que no se trata del estatus o de la identidad del referente en un universo de “activos y pasivos”. Según la ideología sexual de las locas, un estatus o identidad

---

<sup>9</sup> Una puerta es plana, metafóricamente sin fallo, como una mujer.

permanente de activo queda fuera de la ecuación. En el campo expansivo de una ideología que me atrevo a llamar “panhomosexual”, la homosexualidad masculina y el deseo de ser penetrados son condiciones dadas de alcance universal: en todo hombre hay un homosexual y un pasivo, que sólo necesitan ser desenmascarados.<sup>11</sup> Es dado por hecho que todos son potencialmente homosexuales, que todos pueden ser pasivos. Por lo tanto, “son todas locas”, concretamente o en potencia. Nos queda entonces el uso de pasiva, por un lado y, por otro, el de activa como parodia de la pretensión de la “loca atrevida” –recordemos que todas lo son– que se declara activo.

En el registro estudiado, el valor referencial, que aludiría a los roles sexuales al nombrar “activo” y “pasivo”, queda deliberadamente subordinado a otros aspectos de la interacción. Al preguntar, por ejemplo en el contexto de un “levante”, “¿Sos activo o pasivo?”, se está adoptando la voz neutra y no la variedad de las locas. El uso de esa voz, la “hetero”, es frecuente incluso en contextos de interacción homosexual. Como voz “no marcada”, puede bien no indicar una elección deliberada, pero frecuentemente responde a (1) la evitación del código por parte de quien no se identifica como homosexual (independientemente de su conducta sexual) o de quien, identificándose como homosexual o incluso como gay, no se identifica como loca. Puede connotar también (2) la ignorancia del código por parte de quien (aún) no ha adquirido competencia en el mismo o (3) el rechazo del código por parte de quien cuestiona el uso del habla de las locas. Por otra parte, el uso del código involucra una elaborada *mise-en-scène* y una dramatización que implican un público; por lo tanto no es frecuente en contextos íntimos como el flirteo entre varones, donde se moviliza la masculinidad como capital erótico; o en el escenario realista de la entrevista clínica (sea esta médica, legal, policial o psicológica) o de la encuesta social o epidemiológica.

Aunque el valor del insulto o la “cargada” “¡pasiva!” se nutre de la vergüenza y de la imagen de degradación que el varón afeminado acarrea como estigma en un sistema de valores heterosexistas, que prevalece incluso en el ambiente gay, la autoridad de esos textos pertenece a las locas. No menos importante en su alcance que la parodia como (auto)menosprecio, o que el insulto como descalificación del adversario, es la conquista simbólica que significa la autoría en sí. Un enunciado “genuino” de loca recrea su autoridad como productora de textos y una idea de comunidad. Leap, evocando a Sapir, concluye: “la producción de textos gay habla de la autenticidad en la experiencia gay porque permite que eventos aparentemente tan ordinarios, pedestres y ofensivos [...] se tornen ‘óptimos, valorables y vitalmente entrañables’, oportunidades para un intercambio genuino y no uno espurio” (1996:11).

---

<sup>10</sup> El sentido de *performance* es el de la actuación que “produce” una realidad. Al burlarse de alguien y llamarlo pasiva, el enunciador se feminiza a sí mismo y feminiza al objeto de su burla. Está, en rigor, generando el atributo femenino en el acto de habla mismo.

## Campos y efectos semánticos. El chongo

La construcción de legitimidad y de valores genuinos implica su contrapartida en valores espurios. El uso de otro nombre, “chongo”,<sup>12</sup> la figura de género opuesta y complementaria a la de loca, como producción lingüística de las locas, permite también considerar la producción de legitimidad en los mismos términos. ¿Qué es, para una loca, un chongo verdadero, es decir, genuino? En esta pregunta se condensa una disputa muy actual acerca de los criterios de autenticidad y de autoridad de la cultura homosexual masculina.

Por un lado, en el habla homosexual cotidiana, un uso libre del término designa como chongo a todo hombre de apariencia masculina “natural”, no “producida” (no impostada o fingida, no “montada”, que son características asociadas con lo femenino), independientemente de su conducta sexual. Los homosexuales que “pasan por” heterosexuales, a quienes “no se les nota”, a menudo son llamados chongos. El aspecto de un joven homosexual no afeminado, puede ser descrito como “bastante chonguito”. Aunque su comportamiento público o íntimo puede eventualmente delatar a estos aparentes chongos como “verdaderas mariquitas”, como locas. ¿Sería, por lo tanto, un gay de apariencia masculina, que actúa como heterosexual, un chongo? Es una pregunta que los gays se hacen frecuentemente y que las locas responden por la negativa. Alguien identificado como homosexual no es un chongo. En la escala de valores de las locas, la conducta (y más aún la identidad) homosexual implica algún grado de pérdida de masculinidad. Por ejemplo, “chongo no besa”, me dijo José (33 años) en 1992, “si te besa no es un chongo”. La expresión de compromiso afectivo con la relación homosexual en la clave sentimental del beso significan también la pérdida de la integridad masculina del chongo.

“El” chongo es un tipo ideal. Como complemento de la loca, que por su parte se define por sus características afeminadas o de mujer, el chongo debe ser un hombre heterosexual, no debe desear tener relaciones sexuales con otros hombres. El régimen sexual que en la Argentina prevaleció hasta los años 70 –la cronología no es precisa pues el proceso fue gradual– cuando el participante pasivo de la relación homosexual, de aspecto afeminado, era considerado más desviante que el activo, de apariencia más viril, daba mayor materialidad a la figura del chongo. Un hombre podía tener relaciones sexuales con otros hombres sin *ser* homosexual. Ya en los años 80 se consolida en los centros urbanos argentinos el llamado modelo gay, según el cual todo hombre o mujer que tiene relaciones sexuales con alguien del mismo sexo es considerado homosexual (Brown, 1999:118; para el caso brasileño, ver Fry, 1982). Bajo este régimen es literalmente imposible para un hombre construir a su compañero sexual varón como chongo. En

---

<sup>11</sup> Agradezco a Stephen Murray su ayuda al refinar este punto.

<sup>12</sup> Con escasa frecuencia de uso en la variedad vernácula, chongo significa vulgar, común, en lunfardo es equivalente de “berreta”. Asociando esos valores a la masculinidad estereotípica, su uso es frecuentísimo en el habla de las locas, designando al varón cuya masculinidad se mantiene incorrupta.



1999, Miguel (43 años) expresaba con nostalgia e ironía: “entiendo que ese animal maravilloso se encuentra en vías de extinción”.

Sin embargo, las historias de chongos son cruciales para la construcción de las locas como productoras de textos de ambiente. El chongo es un producto de su autoría. Se necesita una loca para decir qué es exactamente un verdadero chongo o, con más frecuencia, desmentir que alguien en particular lo sea; cuando un supuesto chongo es, en realidad, “un puto tapado” o “una mariquita”. Un chongo tampoco podría admitir (y aquellos que se construyen a sí mismos como chongos deben evitarlo) tener competencia en un registro homosexual. Decirse chongo, usando la categoría, delata al hablante como loca. Esta es una transición que a menudo atraviesan los jóvenes que se acercan al mundo homosexual atraídos por posibilidades de ascenso social y eventualmente terminan asimilando sus pautas culturales. La autoadscripción a esa categoría particular resulta una operación contradictoria, construida como culturalmente espuria.

El lugar del chongo es puesto en riesgo también en otro de los varios campos semánticos alrededor de los cuales se construye la autenticidad de una identidad homosexual masculina en el ambiente gay argentino, el de “asumirse”, es decir, declararse homosexual. Para constituirse como un “verdadero hombre”, donde la hombría se asocia al valor de la honestidad, un homosexual debe asumirse frente a su familia, sus amigos y, principalmente, frente a sí mismo; lo cual para un chongo constituiría una operación contradictoria. Los chongos “posibles”, aquellos varones que se relacionan con homosexuales no identificándose como pares, entretanto, actúan una imagen exageradamente masculina entre las locas, no siendo “lo bastante hombres” para declararse homosexuales. Desde el punto de vista de la loca, el lugar del verdadero chongo es imposible. Se espera que quienes se presentan como chongos cumplan el rol sexual de penetrador o “activo”, pero se duda que lo puedan sostener desde su deseo más profundo. Son a la vez deseados y despreciados. “Lo uso y lo tiro”, me dijo Raúl (45) en el 2000. Chongos se llama también a los “taxi boys” (muchachos que realizan trabajo sexual profesionalmente) y a otros hombres que buscan tener relaciones mediadas por algún tipo de contrapartida económica.

### **Autoría y autoridad discursiva**

Las locas, como autoras de textos homosexuales, establecen su autoridad en el campo de las conductas sexuales y de género. ¿Quién reúne las condiciones para representar un verdadero chongo? –sólo una loca lo puede decidir. Cuando, intrigado, comencé a preguntar directamente lo que era un verdadero chongo, como lo haría alguien poco competente en el código, mis amigos se apresuraron a responder y debatir, pues se trata de un asunto de genuino valor cultural. Según la ideología de género y en el sistema de valores que permea las prácticas

lingüísticas del ambiente gay masculino, en determinado registro el género se encuentra determinado por la conducta sexual. Se trata de una visión normativa en claro contraste con conductas reales que, en contradicción con ese modelo, no dejan de ser ampliamente reconocidas y aceptadas discursivamente. Así como la loca frecuentemente “hace de activa”, penetrando a otras locas, y los chongos resultan no ser tales, un chongo verdadero debería ser activo y se supone que la loca en realidad siempre desea ser pasiva. Pero la relación de objeto masculino/femenino, activo/pasivo, que opera en la distribución de honor y vergüenza entre esos lugares, es perfectamente invertida cuando la loca, como autor y autoridad se construye como único verdadero sujeto del ambiente gay.

Resulta importante para las locas aclarar quién es chongo y quién lo está fingiendo, porque en el ambiente homosexual es una evidencia del sentido común que, para los hombres que desarrollan prácticas sexuales entre hombres, la *performance* de una identidad de género, de loca o de chongo, resulta más relevante que la declaración de un pretendido papel sexual, de activo o de pasivo; y porque la loca es el único sujeto con autoridad lingüística para determinar la eficacia de esa performance. La competencia para utilizar el código es construida como un bien cultural, cuya circulación genera y (re)produce identidad homosexual. Da cuerpo al ambiente como espacio propio y al conjunto de las locas como comunidad.

Desde el punto de vista de la loca, la impostación del chongo, su falsedad, denuncia su artificio. El estigma homosexual y la identidad femenina, resemantizados positivamente y formulados en función de un deseo, aparecen en el habla de las locas como un sello anterior, más primordial que la heterosexualidad y la masculinidad, menos elaborado, más verdadero. Así la dominación masculina del chongo es generada “desde abajo”, por la loca, y es, a su vez, reversible. Al igual que las travestis, las locas siempre sospechan y en sus relatos confirman la voluntad del chongo de “darse vuelta” (Kulick, 1998). Las habilidades discursivas de las locas ponen en cuestión también su propio lugar de subordinación en la jerarquía de género. Si un chongo o un hombre heterosexual no tiene autoridad, como la loca, para llamarse mujer, ¿qué autoridad puede tener para llamarse hombre? Las locas, en cambio, ejercitan ambas autoridades cotidianamente. Ser “un hombre” y “una mujer” son las declaraciones que ensayan alternativamente. En el horizonte cultural del ambiente, delimitado no por prácticas sexuales sino por ideologías y prácticas lingüísticas y discursivas, las identidades no son la causa sino el efecto de esas prácticas. No se definen por presuntos roles de conducta sexual, sino por relaciones y conductas específicas de género. El uso legítimo del código restringido es patrimonio de la loca, autoridad lingüística indiscutida, al menos en ese terreno.

## **Roles e identidades**

Varios autores, entre ellos Roger Lancaster (1992), a quien leía cuando hacía trabajo de campo en Rosario, y Richard Parker (1991), precedidos por Peter Fry en un artículo de 1982, intrigados por el peculiar sistema de atribución de identidades homosexuales que encontraron en contextos urbanos latinoamericanos, consideraron la emergencia de la identidad homosexual del gay moderno una transición “modernizante”. El modelo jerárquico “tradicional”, basado en una dicotomía fija entre los roles de activo (penetrador) y pasivo (penetrado) en la relación sexual, segregaba como homosexual exclusivamente a ese último a un rol subordinado. El modelo “igualitario” moderno identifica como homosexual a todo aquel que tenga esa inclinación, sin distinción fija de roles ni de identidad de género. Siguiendo una larga tradición culturalista de la antropología y no obstante críticas al valor heurístico de oponer, con base en la dicotomía tradición/modernidad, universos sociales de escala nacional a modo de sistemas homogéneos, los autores mencionados asociaron el primer modelo, el jerárquico, a unidades tanto territoriales como sociales –el Mediterráneo, América Latina y las clases populares metropolitanas aún no modernizadas. La ideología sexual que sustenta una relación fijamente estructurada de penetradores y penetrados sería expresión del sistema de género que opone hombres – masculinos, dominadores– y no hombres, tanto mujeres como varones de orientación homosexual, respectivamente femeninas y feminizados, dominadas y dominados. Estos últimos, los hombres homosexuales, sufrían la pérdida del honor masculino constitutivo de ese sistema de valores (Lancaster, 1992).

Uno de los problemas con el esquema expuesto, que me causaba cierta incomodidad cuando lo comparaba con mi experiencia de campo en el ambiente gay rosarino, era la idea de una correspondencia entre ese sistema de género y unidades territoriales y sociales supuestamente autocontenidas, planteada específicamente para el caso de las clases populares latinoamericanas. Hallaba que ese esquema clasificatorio desestimaba tanto la heterogeneidad interna de las unidades territoriales y sociales a las cuales se refería, como su compleja historia. Otro problema que encontraba, que voy a discutir más detalladamente aquí, era el deslizamiento conceptual que se producía al suponer que activo y pasivo actuaban como categorías de identidad en el ambiente homosexual.<sup>13</sup> Ese tal vez sea el caso si se toma en cuenta exclusivamente cómo son construidas las identidades homosexuales en la imaginación pública de cada sociedad nacional, lo cual es, en rigor, el argumento de Lancaster (1992). Sin embargo, otra es la historia que cuentan las locas.

Activo y pasivo, desde el punto de vista de los homosexuales asumidos (tanto en contextos “tradicionales” como “modernos”), son papeles sexuales, en un sistema jerárquico de roles donde quien adopta el primero dramatiza el papel de dominador y quien adopta el segundo

---

<sup>13</sup> Murray (1992, 2000) si bien no pone en cuestión la consideración de activo y pasivo como identidades sociales, critica tanto la idea de que sólo los pasivos serían clasificados como homosexuales, como la de que esa identidad les haría perder su honor.

hace lo propio con el de dominado. En la vida social del ambiente, a pesar de ser usados descriptivamente y como categorías de acusación, no son adoptados como identidades sociales de mayor alcance, como sucede en el caso de categorías como hombre, macho, loca, chongo, gay o, inclusive, puto. A diferencia de estas últimas, los usos de activo y pasivo se encuentran restringidos a contextos comunicativos bastante específicos y, como venimos viendo, su valor fuera de esos contextos específicos es a menudo revertido.

Las categorías activo y pasivo se refieren a lo que una persona hace o desea hacer sexualmente, no a lo que la persona *es* más allá del contexto pragmático específico de la *performance* sexual. Se utiliza frecuentemente la predicación “hacer de activo” o “hacer de pasivo”. Es claramente eso lo que significan las afirmaciones “soy activo” y “soy pasivo”. Lo que percibí en mi trabajo de campo, que me hizo dudar acerca de la producción basada en la ideología sexual, es que las identidades son construidas de modos más complejos y que el sentido que adquieren en determinado contexto no se transfiere fácilmente a otros. Por otra parte, las prácticas sexuales, los modos en que las mismas son nombradas y su relación con las identidades sociales son todos hechos mediados por proyectos individuales. Y en los contextos más públicos de interacción homosexual del denominado ambiente gay, lo que es negociado no son posiciones en el coito, sino identidades sociales de mayor alcance. En esos contextos no se penetra ni se es penetrado físicamente, sino que se teatraliza, jocosamente, el estatus del otro como penetrado –su vergüenza de dominado–; o bien se pone en duda, mediante la ironía, el estatus del penetrador y la honra de su dominio. Lo que se pone en juego no es la identidad del activo o del pasivo, sino la de la loca, la del chongo y la del gay, construcciones que someten a aquellos roles a complejos juegos de significación.

### **El habla hace a la loca**

Huyendo entonces del esquema de una “cultura sexual”, el recorte empírico que he operado corresponde a una categoría lingüística: “el habla de las locas”, un código restringido a disposición de un hablante particular en un contexto de habla específico, ambos marcados como “afeminados”. Este recorte implica una elección metodológica que diferencia a éste de los estudios del llamado *gayspeak* (“habla gay”) norteamericana, descrito por Hayes (1981) y por Leap (1995). Esos autores consideran los diferentes *gayspeaks* hablados en diversos contextos de interacción por hombres autoidentificados como homosexuales, donde lo que los diferentes subcódigos tienen en común es que los mismos son hablados por homosexuales, considerando a esa identidad un constructo previo y fijo que estaría orientando la elección lingüística, en el caso de Hayes, textual y discursiva en el de Leap. Lo que he propuesto estudiar aquí, en cambio, es la performatividad en el uso del código, es decir, cómo es que su uso va definiendo modos de

autorrepresentarse individual y colectivamente, generando un conjunto de identidades y de discursos acerca de las mismas (Butler, 1990; Cameron y Kulick, 2003).

Si bien postulo que, como género de habla, es un registro subcultural, el “habla de las locas” se concibe, sin embargo, independientemente de la existencia de una subcultura como ente autocontenido. Es a través de su elección, del uso marcado de ese género, que se hace posible imaginar una comunidad hablante, de locas en este caso. La existencia previa e independiente de esa comunidad no es un requisito de la práctica lingüística. Por otra parte, en el habla de las locas son formuladas exclusiones que conspiran contra la construcción de una comunidad más allá de esa categoría de identidad.

### **El ambiente en 1992. Contiendas lingüísticas**

Como adelanté al principio del capítulo, una descripción contextualizada del “habla gay” en la Argentina, de su ejecución y distribución, requeriría el emprendimiento de una etnografía del habla por derecho propio. Aquí, me he centrado en la distribución del uso de un conjunto clave de términos relativos al sexo y el género que se empleaban en la acción verbal en la vida social del ambiente homosexual rosarino, particularmente en las ruedas de amigos, cuando desarrollé mi observación participante en 1992 y posteriormente en Buenos Aires, en ámbitos similares. Algunos aspectos críticos de esa distribución y de las relaciones sociales con las que ella se articulaba servirán para ilustrar las clases de disputas sociales que hacían del proceso de construcción de una identidad en la vida gay un terreno problemático y conflictivo.

Aunque el sexo surgía a menudo como tema de conversación, no era lo relativo a las relaciones sexuales lo que se ponía en juego en contextos relativamente públicos de interacción verbal. En el conocimiento sexual que circulaba en instancias de conversación entre pares homosexuales no marcadas como íntimas, el sexo en sí no era el tema central de la comunicación. En el contexto productivo de la denostación (la “cargada” rioplatense), por ejemplo, las categorías sexuales eran evocadas por medio de un recurso fundamentalmente irónico, que ponía en cuestión conceptos heredados acerca de la relación entre género, sexualidad y orden social. A pesar de que en el habla cotidiana de ambiente abundaban las alusiones a los atributos de “activo” o “pasivo” de los varones, es decir si adoptaban el rol de penetrador o de penetrado en la relación sexual, no se trataba de transmitir información verídica sobre el asunto para uso práctico alguno. Sucedió algo análogo a lo que acontecía en el lenguaje juvenil (entre varones) con la apelación “tirame la goma”, a menudo formulada como desafío público, que sólo de un modo ingenua –y peligrosamente– literal puede ser leída como la orden o invitación a practicarle una *fellatio* al enunciador. El efecto del primer enunciado no era catalogar la actividad sexual de nadie, así como el de la apelación entre adolescentes varones no era formular una invitación para tener relaciones sexuales. En tanto actos de habla con valor

performativo (Austin, 1962; Butler, 1990; Morris, 1995), generaban un comentario acerca de los roles en una estructura jerárquica, la del género, y su exageración e inversión entre los sujetos que intervenían en el intercambio verbal.

En lugar de ser utilizadas a los efectos de una identificación, las categorías correspondientes al sexo entre hombres, y a lo que llamo “torsión de género”, tienden a encontrarse en contextos apelativos, como los insultos, la denostación, la acusación y las bromas. En contextos de interacción verbal cuyo aspecto pragmático prima sobre el valor referencial de su contenido (Jakobson, 1984), los denuestos se emplean no tanto como rótulos que se atribuyen a ciertos sujetos o prácticas, sino en función de cómo operan sobre otras cuestiones sociales que tienen más importancia personal para los sujetos en cuestión. En los contextos observados, la adscripción a categorías esenciales de identidad en el ambiente se manifestaba como un tema bastante problemático. Como en el caso de las relaciones homosexuales y el travestismo, los atributos lingüísticos y discursivos que aludían a una única homosexualidad o a una cultura gay eran activamente evitados como fuentes de autodefinición. En cambio, eran utilizados con ironía para referirse al universo de pares que componía el ambiente homosexual.

Aunque en su intimidad muchos individuos no dudaban en identificarse como gays u homosexuales, en contextos públicos se ejercitaba gran cautela, evitando definiciones taxativas. Comparativamente, las categorías que eran más empleadas en forma descriptiva, acentuando la referencialidad, eran las de valor más neutro, como “gay” o “de ambiente”. Pero “lo gay” hacía alusión más frecuentemente a prácticas o a preferencias que a una identidad, a algo que uno fuera. En el contexto de un “levante”, de una conversación o de un encuentro con fines sexuales en espacios públicos, la comunicación del interés en común se efectuaba a través de ciertos patrones de comunicación gestual –que funcionaban como indicios– y por medio de la ambigüedad controlada de ciertas estrategias verbales.

Los entendidos suscitaban intercambios relativamente secretos sin incurrir en una definición permanente de sí mismos como gays o de ambiente. Entre hombres que se veían uno al otro como potencial pareja, o a los efectos de intercambiar información o contactos en esos contextos ambiguos, las expresiones utilizadas para identificar quién estaba disponible eran el verbo “entender” y, entre los más jóvenes y recién llegados al ambiente, “tener onda” y “curtir”. Otro ejemplo era la locución verbal “estar en la joda”, casi caduca, empleada por individuos de mayor edad más “tapados”, de identidad homosexual más discreta. El uso puntual de “*estar* en la joda”, como opuesto a la cópula “*ser* gay” o “*ser* de ambiente”, sugiere y revela las restricciones socialmente impuestas a la manera en que se concebía la actividad gay en los contextos de interacción más “tapados”.

## **Sujetos y categorías de uso**

Retomaré el listado de categorías de sujetos que, en sus contextos de uso, eran expresivas de cómo se construían diversas posiciones y trayectorias subjetivas en el ambiente rosarino de 1992.

“Gay” se refería a personas de sexo masculino que –se suponía– habían adoptado una identidad homosexual, al menos para quien se autorizaba a llamarlos así. También se aplicaba a cosas, lugares o temas específicamente ligados con la sociabilidad homosexual. Un gay era una persona que se presentaba a sí mismo como homosexual. Había también boliches gays, una literatura gay, zonas gays, estilos gays. El uso del término estaba difundido ya fuera del ambiente. Su uso se había generalizado en los sectores medios ilustrados y particularmente entre las generaciones más jóvenes.

“Asumido” denotaba un manejo afirmativo de las preferencias homosexuales de la persona a quien se atribuía ese nombre. El término es un préstamo de la jerga psicoanalítica y se empleaba con un sentido semejante al de la expresión angloamericana *out of the closet* (salido del armario, del escondite). Sin embargo la connotación de “asumirse” era diferente en América del Sur. El hecho de que un hombre homosexual “se asumiera” tenía implicaciones existenciales que eran construidas como personales y privadas. Por razones que exploraremos más adelante, a diferencia de cómo se concebía la cuestión del *closet* en los Estados Unidos, darse a publicidad no era construido como una necesidad para los varones homosexuales que fueron mis interlocutores en Rosario en 1992.

“Tapado”, opuesto de asumido, era alguien que ocultaba expresamente, siempre o selectivamente, con o sin éxito, sus inclinaciones homoeróticas. Sin embargo, la oposición entre asumido y tapado admitía ciertos matices. Un hombre podía “sentirse” homosexual, aceptando esa inclinación en diversos grados, pero ocultarla activamente ante aquellos cuyo conocimiento puede tornarse una amenaza a la integridad de su persona. Se podía ser a la vez asumido en cierto grado y tapado en determinados contextos, por ejemplo el laboral y, muy frecuentemente, el familiar.

Chongo era (1) alguien que, aunque “no asumido”, interactuaba en el ambiente de manera encubierta y “la iba de heterosexual” o “se hacía el macho” con éxito, ya sea fuera o dentro del ambiente; o (2) alguien que, aunque privadamente “asumido”, exhibía un estilo y un comportamiento sobreactuadamente –a juicio de mis interlocutores– masculino. El término se aplicaba también (3) a cualquier hombre que no manifestara inclinaciones homosexuales, manteniéndose libre de ese estigma social.

## Usos

Entre los sectores medios urbanos el uso del nombre gay se estaba expandiendo en el habla cotidiana, principalmente entre las personas homosexuales y sus simpatizantes. El término operaba como un signo de valor flotante, del mismo modo que “ser de ambiente” entre los homosexuales. La palabra gay era el término de elección, alternativamente, (1) para referirse directamente a personas, objetos y asuntos marcados como gays, como por ejemplo “boliche gay”; o (2) para aludir a la homosexualidad con cierta liviandad en contextos donde se trataba de un tema tabú, por ejemplo, “¿será gay?”, en vez de “¿será homosexual?” La palabra gay no admite ambigüedad alguna en cuanto a las cosas o personas a las que se refiere, pero su uso puede reflejar diferentes interpretaciones acerca de esas cosas. En el primer caso, “gay” podría representar la marginalidad e incluso el exotismo del circuito al que pertenecen los boliches gays. En el segundo caso connotaba cierta rareza o desvío no necesariamente negativo, a diferencia de las ideas de perversión o defecto que podrían haberse asociado a homosexual.

El uso del término constituía un problema para la negociación de relaciones sociales en situaciones en las que la ambigüedad era la regla. Por ejemplo Daniel, uno de mis interlocutores habituales durante el trabajo de campo, de 24 años en ese momento, me habló de la sorpresa que sintió cuando un joven de su edad, al tratar de “levantarlo” en la calle, le preguntó: “¿sos gay?” El joven había omitido todo rodeo y eufemismo esperable en ese tipo de abordaje. Puede decirse que la transición del uso de homosexual al de gay refleja una reducción en la intensidad del estigma social asignado a la diferencia homosexual. También entre personas extrañas al ambiente, si bien “homosexual” seguía siendo ampliamente empleado y en muchos casos el uso de “gay” era ignorado, el segundo término comenzaba a ser elegido con cierta frecuencia, como una forma más neutra, que ponía de relieve la rareza de un estilo de vida en vez de la patología.

Que gay reemplazara a homosexual se correspondía con el tipo de tratamiento otorgado en la cultura pública urbana argentina a aquellos temas que cuestionaban sus sistemas de representación. En este caso, el uso de una palabra cuyo contexto de origen era claramente construido como extranjero evoca el modo como era evaluada en su mención la homosexualidad: como algo foráneo, ajeno a los criterios de normalidad socialmente sancionados, que era meramente tolerado.<sup>14</sup>

## (Des)identificarse

---

<sup>14</sup> En inglés, de donde viene el uso original de gay como homosexual, *gay* significa también alegre, festivo.



Por su parte, los nombres chongo, tapado y asumido, con referentes específicos muy restringidos, eran empleados casi exclusivamente por personas efectivamente incluidas en las redes gays. El uso de esos términos en particular “marcaba” al hablante como perteneciente a esas redes. Se puede decir que el habla “hacía” a los hablantes; el uso de determinadas formas permitía reconocer a alguien como gay. De igual modo, evitarlas deliberadamente respondía a la necesidad de “desmarcarse”. Evitar el uso del dialecto gay era una importante estrategia de aquellos frecuentadores de lugares de ambiente que no querían ser identificados como homosexuales –a quienes los gays llamaban chongos y tapados. En consecuencia, un chongo no hubiera usado este rótulo con referencia a él mismo, ya que era una expresión idiomática gay, prefiriendo llamarse “macho”, “hombre” (aunque hombre era una categoría reclamada por todos los segmentos y muchos gays enunciaban ser “muy machos”).

Otros individuos tramitaban verbalmente su acceso a interacciones homosexuales mediante el rodeo de utilizar ciertos verbos y frases clave, por ejemplo, “que entiende” o “que está en la joda”. Mediante ese procedimiento era posible aludir a la interacción homosexual sin hacer referencia a campos semánticos que en cierto grado conservaban su carácter de tabú, como el de gay. Eran empleadas también las frases “que tiene onda” y “que curte”, sobre todo por los hablantes más jóvenes, para referirse a personas que se manifestaban más ambiguamente. Con el fin de averiguar acerca de su disponibilidad para un encuentro, o por simple curiosidad, se preguntaba a un interlocutor, por ejemplo, si un tercero “tenía onda”.

A los individuos que expresaban abiertamente su preferencia homoerótica y que enfatizaban la afeminación en su conducta se los llamaba “maricas” o alguno de sus derivados, “maraca”, “mariquita”, “maricuela” o “maricona”, en general despectivamente. El término loca era el más ampliamente usado para identificar a individuos que tenían una actitud más afirmativa acerca de su propia homosexualidad. Ambas categorías, en mayor grado la segunda que la primera, destacaban el estigma y la polución moral asociadas con la homosexualidad. Ahora bien, ese valor era frecuentemente invertido y utilizado como afirmación de resistencia. Mientras que en algunos contextos para descalificar a una persona se la llamaba loca, en otros podría también señalar un sentido de solidaridad comunitaria entre “las locas” como un nosotros inclusivo. Sin embargo aún actualmente muchos varones gays se muestran ofendidos cuando son llamados “loca” por un extraño.

### **Distribución del uso expresivo: categorías “hetero” y categorías homosexuales**

Al igual que chongo, asumido y tapado, los términos marica y loca son categorías marcadas, es decir, cuyo uso es expresivo de cierta alteridad social, donde la inclusión de la categoría en una frase opera una mudanza de registro. Son expresiones idiomáticas gay, de uso exclusivo entre los miembros del ambiente. Las palabras puto y maricón, en cambio, cuyo referente es el mismo

que el de loca y marica respectivamente, son empleados más ampliamente fuera del ambiente. Son, en ese sentido, expresiones “hetero”. Cuando los términos puto y maricón, al igual que homosexual, son utilizados en rondas de amigos de ambiente, el hablante representa o se apropia del uso hetero, reproduciendo o resistiendo el estigma.

La distribución del uso de ciertas categorías dentro y fuera del ambiente revela cuáles son los aspectos sociales más significativos a cada lado de las fronteras de la subcultura. Loca y marica son expresiones idiomáticas gays. Una loca es una marica sin pudor, orgullosa de su papel. En términos hetero, las palabras puto y maricón efectúan la misma operación: un puto puede ser un maricón sin pudor. Pero existe un tercer nombre que alude al mismo campo semántico; tal es “homosexual”. Ese es el término referido al estigma en sí. Homosexual, de uso público, es muy diferente del más neutro y descriptivo gay. Es tomado precisamente de un contexto de origen, el pensamiento patológico (moral, médico-legal) victoriano, de una época en que esa inclinación era considerada por muchos un vicio abyecto.

En cambio, en diversas instancias de la vida social del ambiente, la homosexualidad no es cuestionada, no necesita ser “explicada”, sino que es considerada algo natural; así como la heterosexualidad no es cuestionada como norma en el terreno del sentido común heterosexual. Tanto dentro como fuera del ambiente, la legitimidad de la homosexualidad se vuelve cuestionable únicamente al operar ese particular “sentido común heterosexual”, que resulta ser no menos que el hegemónico en la sociedad más amplia. En el ambiente se hacía referencia explícita a la homosexualidad al adoptarse una voz hetero.

### **La autenticidad en el ambiente**

En el contexto pragmático de la atribución de nombres entre personas identificadas como homosexuales, un matiz idiomático interesante relativo a la micropolítica de esa identidad es la elección léxica en el uso del verbo “asumirse”. En el habla culta cotidiana de Argentina, el uso del verbo asumir connota una acción dirigida hacia el propio agente, mientras que el verbo “aceptar” (un equivalente cercano) connota transitividad (acción dirigida hacia un objeto diferente). El uso de asumido como predicativo (por ejemplo, “ser” o “estar” asumido) en enunciados referidos a la homosexualidad (como a cualquier otra condición personal considerada problemática) indica una acción que es reflexiva en todo su alcance. El objeto, el sujeto y el agente son –todos– el sujeto mismo. “Asumir” la propia homosexualidad sólo se concibe como un acto del individuo con relación a algo construido como un hecho profundamente personal e íntimo. “Aceptarla” –al igual que aceptar la de cualquier otra persona– se referiría a un hecho más público, relativo a un objeto no tan íntimamente ligado al sujeto.

La elección del verbo asumir con referencia al propio deseo homosexual connota la combinación de la aceptación por parte de la persona de su homosexualidad (asumir la homosexualidad) con su aceptación de sí mismo como persona integral (asumirse). El término asumirse podría, en algunos casos, traducirse como la expresión idiomática angloamericana *coming out of the closet* (salir del armario), pero en el ambiente lo que se privilegia en el acto de aceptar el propio deseo homosexual no es la declaración y la demanda pública de reconocimiento –“tómenme tal como soy”. El acto primordial es el proceso íntimo de autoaceptación, “me tomo a mí mismo tal como soy”. En esa economía verbal, por lo tanto, la autoaceptación (asumirse) no es necesariamente tan relevante para una ética –en ese caso pública– de la visibilidad o de la publicidad, como lo es para una psicología –íntima– de sí mismo. En ese relato, un varón homosexual debe asumirse en su propia intimidad, en vez de “salir del armario” hacia una esfera más pública.

Las valoraciones divergentes, atribuidas entre las personas gays al acto de asumirse, por un lado, y a la masculinidad de los chongos, por otro, son cuestiones morales sobre las cuales se definían normas, frecuentemente encontradas, acerca del “bien ser” homosexual. Para convertirse en un “verdadero hombre”, un varón homosexual debe asumirse. Por otra parte, un chongo “verdadero” es un hombre probadamente no gay, alguien que “realmente” no se siente atraído por otros hombres. De acuerdo con esa construcción, un “chongo gay” sería una especie de chongo inferior. La índole de la substancia en relación con la cual se juzga el uso “correcto” del término constituye, paradójicamente, la principal fuente de su legitimidad social en el ambiente: la masculinidad de un hombre y su heterosexualidad. De acuerdo con la ética que esas operaciones recrean, la construcción de un “verdadero chongo” y la de alguien “realmente asumido” representan situaciones opuestas: una pública, relacionada con el mundo heterosexual, y la otra íntima, relacionada con el mundo homosexual.

### **(In)definiciones en disputa**

Dentro del ambiente y en el terreno del “sentido común gay” en la Argentina, el estigma homosexual es transformado y desplazado hacia otras formas de conductas consideradas impropias en que pueden incurrir los miembros del ambiente. Determinadas conductas son vistas como contrarias a lo que se considera un tránsito decente por el ambiente. Ciertos verbos como “putanear” y “loquear” son utilizados por personas gay para referirse a la manifestación de una conducta homosexual desvergonzada y moralmente contaminante, opuesta a una conducta carente de otra calificación, no marcada. Esas conductas incluyen en general el merodeo y el sexo en lugares públicos y una presentación de sí juzgada como demasiado afeminada. Inversamente, esa normativa de carácter moral genera cierta resistencia por parte de

quienes construyen el putanear y loquear como una forma de afirmación personal tanto a nivel individual como comunitario.

No menos importante para la construcción de las subjetividades gays en el ambiente que “asumir” el deseo (homo)sexual y mostrar una imagen (masculina) decente es la recreación de nociones originales acerca de lo bello, de una estética gay. Lo que he denominado “torsión de género”, la inversión y la exageración paródica de lo femenino y lo masculino por un lado, y la estilización de lo ambiguo por otro, crean una escena en la cual cualquier atributo sexual construido como natural pierde consistencia y se torna irrelevante. En los lugares de ambiente, particularmente en las conversaciones y actuaciones de quienes se presentan como locas, se da por descontado que todos los presentes (al menos entre el público que es considerado relevante) son homosexuales y se permite incluso referirse a todos indiscriminadamente como locas. En ese contexto, que se dé la homosexualidad por descontada representa un desafío para la indefinición de muchos individuos en relación con esas cuestiones. Para muchos, tapados o no, la publicidad potencial de su homosexualidad, que se hace evidente por la participación en la vida del ambiente, siempre supone algún grado de amenaza a la integridad de su persona.

Muchos individuos se encuentran en problemas por participar en situaciones de intimidación homosexual, pues deben cumplir con los requisitos de una vida pública heterosocial. La tensión creada por esa difícil posición también se revela en dos formas paradigmáticas de expresar rechazo en contextos gay; las categorías “pasiva” y “tapado” evocan los motivos más extremos de vergüenza homosexual. Una pasiva es un varón homosexual cuyo género se vio alterado, por entregarse a la dominación masculina. Un tapado es un homosexual reprimido, construido como un cobarde, miedoso, temeroso de asumirse. El estigma de la pasividad y el valor de la imagen masculina del chongo remiten a la ética de la dominación masculina, mientras que el estigma del secreto homosexual y el valor positivo de asumirse remiten a una ética gay del deseo. Entre estos dos marcos de referencia, los individuos deben construir posiciones subjetivas para ser negociadas en los diferentes contextos de interacción públicos e íntimos por los cuales transitan.<sup>15</sup>

## **La identidad**

La adscripción a una categoría de identidad sexual es un asunto escurridizo en la Argentina contemporánea. La proliferación de términos como gay, loca, puto, marica, homosexual y las expresiones “ser de ambiente”, “estar en la joda” y “entender”, así como el recurso de formas estratégicamente evasivas y eufemismos para indicar familiaridad con los estilos homosexuales

---

<sup>15</sup> Los hallazgos de Lago acerca de la identidad bisexual en Río de Janeiro apoyan esta hipótesis. La autora llama a la bisexualidad masculina “una identidad negociada”. Agradezco a Mario Pecheny el haber llamado la atención acerca de esa tercera declaración de identidad, excluida del esquema aquí propuesto.

y disponibilidad para entablar contacto, dan cuenta de múltiples modos de articular deseo, sociabilidad e identidad. Lo mismo puede decirse de los cambios de código (hacia y desde el habla gay), de los desplazamientos entre lugares de encuentro, de los criterios para la asociación entre individuos o grupos, de los criterios para establecer amistades, encuentros sexuales y relaciones de pareja. La identidad y las relaciones son cuestiones sujetas a la negociación de marcos éticos alternativos según los cuales los individuos construyen legitimidad para sus prácticas.

Me inclino a interpretar las prácticas gays cotidianas que me fue dado observar no sólo en términos de cómo se reproduce o refuta la construcción de una identidad desviada desde la moralidad oficial, sino también en función de los procesos de segmentación social propios del ambiente, como un espacio difuso de socialización. A través de los deslices que se producen tanto al usar términos gays como cuando se los evita, se recrean y negocian las fronteras internas y externas de una red que se mantiene relativamente marginal a la corriente predominante de la sociedad. El mismo planteo fue puesto de manifiesto cuando examiné los modos de apropiación del espacio en contextos de interacción homosexual. En las calles rosarinas, cuando imperaba el atractivo de una opción alternativa, fuera ésta erótica o de otro registro social, las fronteras simbólicas podían tanto imponerse como disolverse, estratégica o aleatoriamente, de acuerdo con un determinado contexto e intencionalidad. Era posible ensayar diferentes moralidades en cada encuentro, en cada ámbito. Existen más de dos sentidos de la moralidad –uno oficial y otro subalterno, los cuales no dejarían de ser uno reflejo del otro– en la vida gay. Más allá del manejo activo de la visibilidad y del secreto a través de la división público/privado, la expresión de tan variadas versiones de sí mismo y del ambiente ponen en cuestión la idea de un orden tan exclusivo.